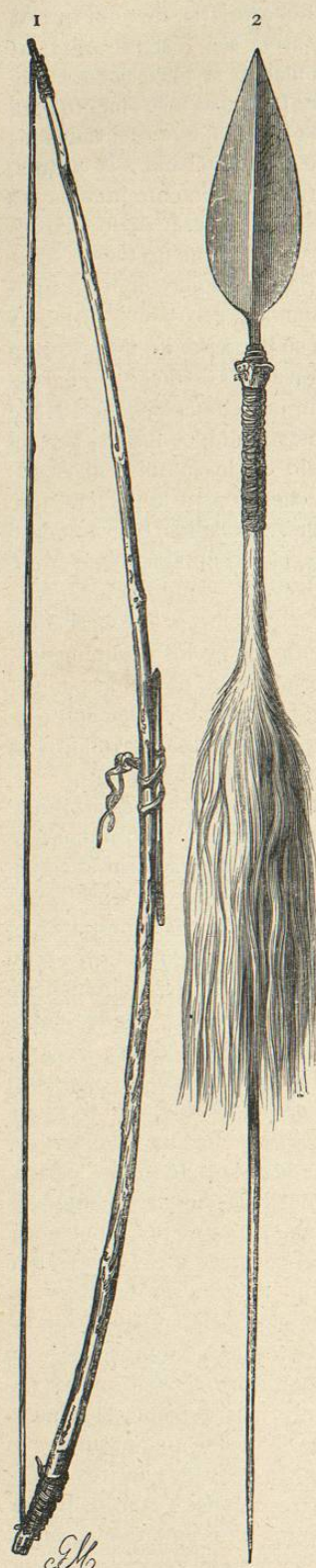


y no dejarán ellos de aprovecharse de las sobras; y si el vencedor se lleva todos los rebaños del vencido, entonces los siervos no se separan naturalmente de los pucheros de la leche y se largan espontáneamente con las vacas robadas, pues se les ofrece la hermosa perspectiva de ir quitando una res tras otra á sus nuevos señores que aun no han tenido tiempo para examinar detenidamente el ganado usurpado y de aprender á conocer á simple vista sus distintas reses. En armonía con el carácter natural de los hereros, los mismos amos, cuando tienen pocas probabilidades de vencer, no intentan siquiera seguir luchando con los ladrones, antes bien se entregan junto con sus rebaños espontáneamente al enemigo, para seguir guardando, aun cuando no sea más que como siervos, los rebaños de sus padres.



Armas de los hereros: 1 Arco. — 2 Lanza.

noticia de esto, reunió las pocas tropas que le quedaban y atacó al enemigo con su pequeña hueste y acompañado del único hijo que á su lado tenía. Pero durante la lucha sus guerreros lo abandonaron sucumbiendo él y su hijo después de una heroica resistencia. La muerte de Kahitschene decidió de la suerte de los hereros hasta que apareció Kamaherero.

Las cabañas de los hereros recuerdan en parte las de los hotentotes y en parte las de los bosquimanos, y son, conforme á su género de vida, cabañas mucho más nómadas que las de los betschuanos. Todo en ellas es ligero, poco sólido, á propósito para ser trasladado de un punto á otro. Cada aldea tiene su fuego sagrado que constituye el centro ideal de la agrupación. El mueblaje compónese de algunos utensilios de madera, de un puchero de tierra para guisar — las más de las veces tan grande que no pasa por la puerta — de otro puchero con algunos adornos, como almagro y perlas, de un saco de cuero con grasa y por último de un cuchillo de hierro para esculpir. Los tejidos escasean más que entre los vecinos del Norte, lo cual es, en parte, debido á la falta de materiales, pues las palmas no aparecen hasta el país de los ovambos: á pesar de esto, sus objetos tejidos no están mal confeccionados.

Los damaras son muy aficionados á la música y á la danza, pero también en esto se conoce su extraordinaria pobreza etnográfica, pues su único instrumento músico es el arco, en cuya cuerda y mango se ata un pedacito de correa de cuero de manera que aquélla quede muy tirante: para tocarlo, cogen el arco con los dientes y golpean la cuerda con un palito. Con estos sencillos instrumentos, los músicos hábiles, que entre ellos no faltan, consiguen notables efectos, siguiendo más bien el ritmo que las notas. Galton vió también entre los hereros una especie de guitarra que, á su modo de ver, había sido introducida entre ellos por los ovambos. Sus danzas son sumamente sencillas, consistiendo principalmente en imitar los movimientos de los animales. En esto sus maestros han sido los bosquimanos, pero los hereros han puesto mucho de su parte. Galton habla por ejemplo de un damara que imitaba tan perfectamente al hipopótamo, que reconoció en seguida los movimientos característicos de éste. Como colmo de lo cómico hay la imitación del rudo alarido del babuino que en todas las diversiones musicales de los hereros constituye el principal número del programa.

Como es lógico, dados la ocupación y el sistema de vida de los damaras, el principal alimento de éstos lo constituyen la leche y todo cuanto produce la estepa, así en caza como en vegetales comestibles. En los puntos en que este pueblo ha conservado su antigua riqueza de rebaños, un damara se bebe de 5 á 9 litros diarios de leche, las más de las veces agria, después de lo cual sólo come cacahuetes. Los damaras no matan nunca una res por el solo placer de comer de ella, pues no comprenden que se coma diariamente carne; así es que únicamente matan una pieza de sus rebaños cuando llega á la aldea algún extranjero ó cuando ha de celebrarse una fiesta, como la de romper los dientes, una boda, etc. En el festín toma entonces parte toda la aldea y como los damaras son famosos gastrónomos, devoran en un instante varios bueyes, incluso sus desperdicios. Todo animal muerto, cazado ó cogido que ha de ser comido, es bien común y así se comprende que, como dice Chapman, con un buey muerto no se puede, muchas veces, comprar una oveja viva. Esta clase de comida está limitada por las muchas preocupaciones que tienen acerca de los animales que pueden ó no ser comidos, pues en este punto ningún pueblo aventaja á éste. Cuando los damaras fueron arrojados de sus mejores cazaderos por los namaquías, los más pobres de aquéllos que no podían compararse en habilidad cinegética con los bosquimanos, viéronse reducidos á comer vegetales y la necesidad hizo que no despreciaran las hienas ni los leopardos. En cambio rivalizaron con los bos-

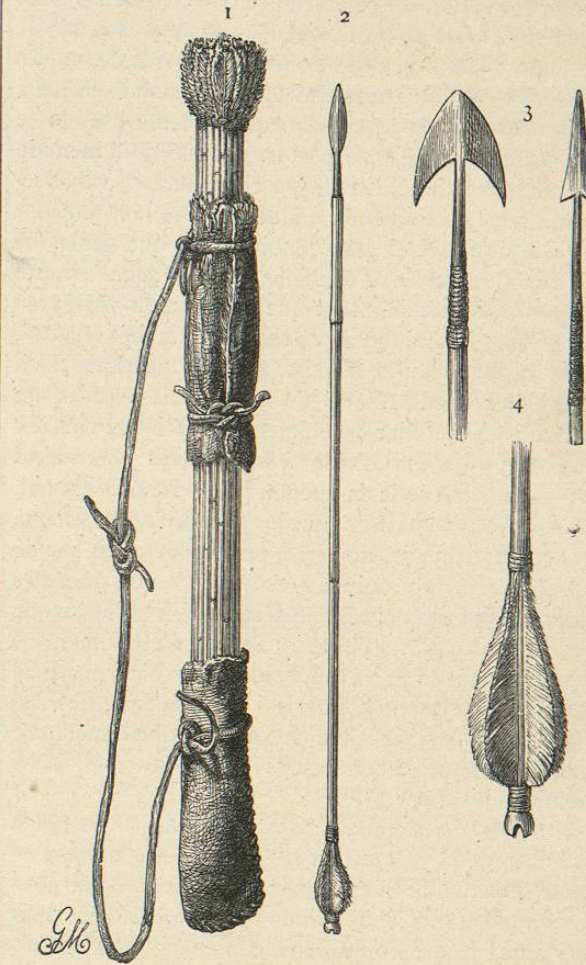
quimanos en el conocimiento y aprovechamiento de las muchas raíces y tubérculos comestibles, hasta el punto de que, si la necesidad les obliga á ello, mascan la madera de la *Sterculia*, Chapman admiró su apetito que apenas disminuye con las enfermedades y es tal que hasta les hace comer con gusto las indigestas almendras que encuentran mezcladas con los excrementos de elefante. Ningún dato encontramos que nos permita suponer que en la preparación de los alimentos van más allá de lo más estrictamente necesario. Su superstición les impide comer carne cruda, pero basta el menor grado de asado para que la puedan comer. El tabaco y la preparación de bebidas espirituosas son cosas que en su origen, al parecer, no conocieron, pero desde el momento en que los namaquías avanzaron hasta el punto de preparar bebidas fermentadas con frutos sacarinos, este arte hubo de ser conocido por los damaras. Dada la propagación de esta clase de bebidas por toda el Africa, casi podría creerse en la existencia de un arte «perdido.»

Antes del comercio con los europeos, ó sea de 40 años á esta parte, los hereros comerciaban con el exterior gracias á la mediación de sus vecinos del Norte, los ovambos, los cuales entregaban á aquéllos, á cambio de bueyes, utensilios de hierro y de cobre y perlas portuguesas. Es muy raro que los hereros no conocieran los trabajos de herrería, sino que los confiaban á algunos individuos que recorrían el país y que procedían casi siempre del territorio de los ovambos. Antes de que á esas comarcas llegaran los europeos, tenía en ellas el hierro más valor que entre nosotros la plata, pues los herreros ovambos lo llevaban á 15 ó 20 jornadas de su país. Las frecuentes visitas que los buques europeos han hecho en estos últimos años á las costas del Sudoeste de Africa, han motivado en este punto algunos cambios favorecidos por el vuelo político que tomaron los hereros: hoy, por ejemplo, son éstos los intermediarios del comercio desde la costa á la región del Ngami.

Bajo otros conceptos pueden también, al parecer, ser incluidos los hereros entre los pueblos que, con la pérdida de un cierto número de conquistas de la civilización, han descendido á un nivel más bajo que el de sus más próximos afines. El hierro lo tienen en tanta estima como nosotros el oro y, según dice Baines, antes de que los hotentotes les obligaran á utilizar sus propios recursos, eran incapaces de fabricar una azagaya, yéndola á buscar entre los ovambos.

Mientras vivieron tranquilos, toda su vida estuvo concentrada, con un exclusivismo sorprendente aun en el Sud de Africa, en la agricultura y este exclusivismo explica quizás, hasta cierto punto, su retroceso en otras cosas. De todas maneras, ha contribuido poderosamente al rápido retroceso de su posición general, pues el robo de un rebaño traía consigo casi indefectiblemente la miseria de sus poseedores. Así por ejemplo, los rebaños de bueyes de la tribu herera más poderosa y rica en otro tiempo, la del caudillo Kahitschene, habían quedado reducidos, en la época en que Andersson se encontró con ella, á consecuencia de las guerras namaquías, de 10 á 15,000 cabezas: este fué el principio del fin, pues en 1856 sólo correspondían de 3 á 4 bueyes por cabaña, suponiendo que cada aldea damara constara por término medio de 30 chozas. Pero en aquellos buenos tiempos, los bueyes damaras gozaban de cierta fama, y aun hoy en día constituyen el objeto más importante del comercio entre el país damara y la colonia del Cabo. El buey damara ha sido descrito como muy parecido al de los betschuanos: es más débil que éste, pero tiene los huesos fuertes, es de tamaño regular, sus miembros son elásti-

cos, sus pies pequeños pero muy duros, y su cola llega casi hasta el suelo y desempeña entre los damaras un papel importantísimo como adorno. Los bueyes damaras son especialmente apreciados como animales de silla. Son notables en ellos sus cuernos, cuyas puntas distan las más de las veces entre sí la longitud de un hombre, formando con la cabeza un ángulo de 45 á 90.^o Los damaras aprecian tanto más sus bueyes cuanto mayores son sus cuernos y les gustan las yuntas del mismo color, prefiriendo, como los namaquías, los pardos, pues los de color claro son tenidos por flojos. Las vacas dan poca leche (según Baines se necesitan



Armas de los hereros: 1 Carcaj. — 2 Flecha. — 3 Puntas de flechas. — 4 Plumas de flechas (Museo Etnográfico, Berlín), 1/2 de su verdadero tamaño.

doce vacas damaras para obtener la cantidad de leche que produce una vaca europea) y se resisten á ser ordeñadas. Los damaras para ordeñar sus vacas hacen lo que los lapones con sus rengheros, es decir las atan por la cabeza á un árbol ó les sujetan las patas traseras. Como se necesita mucha fuerza y mucha habilidad para habérselas con estos animales, una de las maneras más predilectas de probar la fuerza consiste en alcanzar á la carrera á un buey semi-salvaje y arrojarlo al suelo dándole un golpe en la cola: esta prueba suelen también hacerla algunas muchachas. La oveja de los hereros tiene una gran cola, pero carece de lana. También se crían en este pueblo cabras. La casta de perros de los damaras es tan mala como la de otra cualquiera tribu sud-africana; hemos, sin embargo, de hacer constar que estas tribus tratan mejor á sus canes que los namaquías á los suyos.

Los rebaños ejercen grande y casi decisiva influencia en las relaciones de los hereros: con ellos se sufragan los gastos necesarios para las alianzas, para los matrimonios, para

las compras y para algunas ceremonias religiosas. A los que no tienen res alguna, sus compatriotas no les guardan consideración de ninguna clase. Sus sentidos se acostumbran, desde muy pequeños, á conocer las formas, los colores, etc., de estos animales: los niños dejan sus juegos para discutir el valor de este ó de aquel buey, y uno de sus principales entretenimientos consiste en imitar con barro las figuras de los bueyes y de las vacas, en cuyo arte muestran habilidad suma. Nada tiene, pues, de extraño que desde su infancia toda su imaginación esté concentrada en este ídolo y que el cuidado de los rebaños sea tenido como una ocupación que los hombres más respetables consideran como un honor. Los hijos de los caudillos más poderosos han de llevar, durante cierto período de tiempo, la vida de simples pastores, y los caudillos mismos vuelven de cuando en cuando á sus ocupaciones juveniles, especialmente cuando se trata de acampar en lejanos pastos. Así sucede á menudo que un caudillo rico é ilustre inspecciona durante varias semanas sus rebaños comiendo y albergándose con sencillez suma. De aquí deriva el gran conocimiento que tienen los hereros de todo cuanto se relaciona con sus ganados: este es el punto más culminante á que alcanzan su vida y su ciencia. «Como casi ninguna res tiene un nombre especial, ni se lleva registro alguno, ni existe nota alguna escrita, fácil es comprender cuánta fuerza de inteligencia necesita un herero rico para recordar exactamente todo lo que concierne á las reses y para no olvidar á las terneras y corderitos de cuyo nacimiento se le da cuenta, pues, como es natural, apenas observan los pastores que los ganados no sufren una comprobación detallada, no ven la razón por qué no han de trabajar en provecho propio, así es que todos los animales que nacen, nacen para el rebaño del pastor, y todos los que mueren, mueren para el del amo; de todos estos manejos resulta que el ganado se va fundiendo como hielo puesto al sol. Esto obliga á los propietarios á estar siempre de viaje recorriendo sus vacadas, ejercicio práctico que fomenta su inteligencia en punto á conocer y recordar las reses, hasta lo increíble» (Büttner).

La formación de un rebaño es asimismo la percha por la cual va trepando la vida de un herero: sin este trabajo, su existencia sería huera. Si examinamos la manera cómo poco á poco va aumentando el individuo esta propiedad, veremos aparecer ante nuestros ojos uno de los más notables cuadros de la vida social, una solución bajo muchos conceptos admirablemente satisfactoria y no menos sencilla del problema de la división de la propiedad. En cuanto el niño está algo crecido, la madre le enseña á pedir á su padre, y en su caso á su tutor, una cabra; y luego va pidiendo otros animales, cuando se ofrece ocasión para ello, á sus tíos y tías; de suerte que no sólo vive de los bienes comunes de la familia, sino que tiene sus reses propias de cuya leche es el único que puede disfrutar. Cuando por la noche regresan los rebaños de sus pastos, los niños corren á recibirlos á larga distancia para apoderarse de sus cabras y ordeñarlas directamente aplicando los pechos á sus labios. Los cabritos de estas cabras pertenecen naturalmente á estos niños y como de estos pequeños rebaños no se mata res alguna y como el padre vigila gratuitamente el peculio de su hijo, á medida que éste crece, aumenta notablemente su propiedad. A los niños y á las muchachas crecidas se les regala de cuando en cuando un novillo y así se va juntando poco á poco un pequeño rebaño. Después, en los continuos viajes y excursiones, se pide algo á todo hombre pudiente, por pariente lejano que sea, y cuanta más edad tiene y cuanto más poderoso es éste, más fácilmente recibe aquél el regalo ó el préstamo de una vacada. El que guarda la vacada se apro-

vecha naturalmente de la leche de las reses á su custodia confiadas, por más que siempre que el amo se las pida, deba entregarle las vacas y las cabras que dan leche nueva. Además, preséntanse ocasiones de aumentar por medio de herencias el patrimonio propio. El hijo que, al morir su padre, ha alcanzado cierta edad y es ya un propietario acomodado, tiene la suerte de heredar la familia de aquél, poniéndose de repente en la categoría de los magnates. Como se ve, existe en este pueblo la tendencia á acumular los bienes, pero debe tenerse en cuenta que de aquí se va al comunismo, contra el cual no es el más rico el que está más seguro. Precisamente los herederos que tienen derecho á las riquezas que para ellos guardan sus padres, son los que más necesitan ser aplacados con continuos anticipos que fortalezcan su adhesión al gran padre de toda la familia, pues la lógica de los hereros les hace calcular del siguiente modo: el que no me da nada no puede ser mi padre y no le debo, por ende, ni fidelidad ni respeto.

Todo el derecho hereditario de los hereros está íntimamente enlazado con la ganadería y descansa en el fundamento de que la familia es inseparable del rebaño. Oigamos la descripción de Büttner: «Muere un hombre dejando una viuda y varios hijos menores de edad: ¿quién podría seguir vigilando los rebaños? Si hubieran de cuidarlos sólo los esclavos, la viuda apenas podría impedir que todo desapareciera en breve espacio de tiempo. De aquí que, á semejanza de lo que acontece entre nosotros, se podría encargar de la tutela un pariente varón de la mujer ó del marido que tuviera poder suficiente para defender á toda la familia; pues vender la herencia haciendo de ella dinero que se vigila fácilmente, es cosa imposible allí donde no se comercia con ganado y donde no hay otros objetos valiosos bastantes para poder pagar el precio de un gran rebaño. Sobre el tutor pesaría, pues, gran responsabilidad. Pero como el refinado egoísmo de los paganos hereros es causa de que nadie haga cosa alguna sin el premio correspondiente; como todos procuran, bajo cualquier pretexto fútil, explotar á los débiles y á los desvalidos; y como además no hay ley alguna ni ninguna autoridad que proteja al débil contra el fuerte, de aquí que un tutor de esta clase pronto haría suyo lo que es de sus pupilos. En tales circunstancias y teniendo en cuenta el amor no exiguo de la familia, el derecho hereditario de los hereros ha quedado, andando el tiempo, establecido del siguiente modo: cuando fallece alguien dejando herederos menores de edad, los sobrevivientes (mujer é hijos) no heredan propiamente, sino que el amigo más poderoso hereda á toda la familia (la familia entiéndase en el sentido romano): el rebaño del difunto pasa á ser su rebaño (esto es lo principal!); los siervos de aquél se convierten en siervos suyos; pero no es esto solo, sino que también las mujeres y los hijos del muerto entran á ser mujeres é hijos suyos, no habiendo diferencia alguna entre éstos y los hijos propios. Esta práctica está reflejada en el lenguaje, pues en éste no hay, al parecer, palabras para designar al padrastro, á la madrastra ni á los hijastros, y si bien las hay para tío, tía, sobrino y sobrina, no las usan más que los viejos y los sabios. Los niños llaman, aun en vida de sus padres, padre á los hermanos del padre y madre á los de la madre y los primos hablan entre sí como si fueran hermanos carnales (véase página 136). Para el número y la preponderancia de los bueyes de ancha frente no parecen ser cosa importante las distinciones de los grados de parentesco de los hombres.»

Esta influencia de los rebaños de bueyes y de cabras que todo lo borra é iguala, va todavía más allá, sin que de ello resulten consecuencias desfavorables. El misionero que acabamos de citar describe de la siguiente manera la igualdad

de las diferencias de propiedad y de estado que deriva de la confusión necesaria de los rebaños: «Un hombre rico no puede en manera alguna, dado el estado de cosas del país damara, tener en un mismo lugar reunidos todos sus rebaños, pues hay muchos que tienen centenares de vacas, al paso que el rebaño de los más ricos llega á tener hasta 10,000 de éstas, sin contar con los bueyes y con las reses pequeñas. Por esto todo propietario algo rico está obligado á tener, además del punto principal (*onganda*), algunas vacadas (*ozohambo*) confiadas á la vigilancia de los hermanos menores ó de otros próximos parientes ó, á falta de unos y otros, á la de antiguos y probados siervos. Además, la completa falta de seguridad que se nota en aquel anárquico país, obliga á los hereros á tener sus ganados divididos en rebaños lo más pequeños posibles, para que una peste ó un repentino saqueo de algún mal vecino no les prive de una sola vez de todo su patrimonio, no faltándoles siervos y parientes para vigilarlos. De aquí la práctica general de confiar á cada pariente y amigo, si es posible, la vigilancia de algunas reses, y luego ora como prenda, ora para prestar un servicio recíproco, se reciben de cada amigo y de cada conocido tantas reses como se pueden guardar. Por esto en cada vacada y en cada rebaño se encuentran reses de varios propietarios, sin contar con que cada individuo de una familia suele recibir del padre de la casa para sus usos y necesidades un peculio especial. Raras veces las piezas de cada propietario llevan una marca especial (que consiste en una incisión practicada en la oreja, *okuñaka*, ó en cierta inclinación que cada propietario se entretiene en dar artificialmente á los cuernos de sus bueyes); por regla general cada amo suele conocer sus reses personalmente, por decirlo así, es decir por la forma de las astas, por el color y por otros mil signos apenas perceptibles, pero que se las dan á conocer entre otras mil con la misma facilidad con que nosotros distinguiríamos entre mil personas á nuestros conocidos. Como cada uno detenta hasta cierto punto en su poder reses de todos los demás, la paz ó por lo menos una armonía superficial está entre los hereros más asegurada de lo que dejaría esperanzar su estado anárquico, pues si en cualquier rincón del país se permitiera alguien la menor maldad, podría estar seguro de que una parte de sus rebaños caería en poder de los amigos de su enemigo, los cuales se vengarían en seguida ó retendrían las reses hasta que la lucha terminase satisfactoriamente. Y hasta es lícito pensar que un herero anciano, identificado mentalmente con su rebaño, sufre más cuando le matan alguna de sus vacas que cuando le causan á él mismo una herida. Con este sistema de repartir el ganado en varias vacadas, pueden, en medio de la avaricia que á todos les domina, ocultar mejor su riqueza, pues nadie más que el propietario puede pasar revista de los bienes que tiene por todas partes diseminados.»

De lo dicho se desprende fácilmente que este sistema de administración exclusivista puede tener, además del lado bueno que hemos visto, su lado malo, pues es innegable que estos continuos viajes, estas divisiones, este cambio de residencias han de ser necesariamente causas del bajo nivel de la cultura general. Con efecto, toda la vida ha de resentirse de este fraccionamiento, de esta igualdad, en el mal sentido de la palabra, que no son en manera alguna favorables al tranquilo desenvolvimiento de los gérmenes de cultura. Además, hay que tener en cuenta que los rebaños son la causa de incesantes guerras y que allí donde se comenzó á ejercer la agricultura, han sido casi tan perjudiciales á ésta como las plagas de la langosta. De todas maneras, la base sobre la cual se asienta la vida toda de este pueblo es excesivamente débil.

Y sin embargo no están en lo justo los que hacen á la ganadería responsable de que los hereros sean comunistas en punto á propiedad inmueble: su vida nómada trae esta consecuencia, pero no la justifica. Siendo como son un pueblo eminentemente pastor y cazador, falta en ellos el apego al terruño, que es el fundamento de la propiedad personal y de aquí que sea muy natural que consideren como patrimonio común todo el territorio mientras no se apodere de él alguna otra tribu. Es, sin embargo, una costumbre impuesta por la tradición y estrictamente observada la de que quien primero se establece en un lugar determinado es dueño del mismo mientras quiere, no habiendo nadie que se atreva, en tiempo de paz, á abreviar ni á apacentar allí sus rebaños sin formal consentimiento de aquél. De esto nos ofrece una prueba interesante la historia de las relaciones que existieron entre el citado caudillo Kahitschene y los misioneros alemanes de la estación de Richterfeld: acosado por los namaquías, quiso aquél establecerse en Richterfeld, pero no llevó á cabo su intento sin antes enviar al consejero de los misioneros á algunos de sus ancianos para preguntarle si este deseo merecía su aprobación. El consejero contestó que Kahitschene podía hacer lo que gustara, pues él, misionero, era también extranjero y no podía, por ende, formular pretensión alguna sobre el territorio de aquel país. Los emisarios no se dieron, sin embargo, por satisfechos con esta respuesta, que les parecía evasiva, y aseguraron que su caudillo no se atrevería á establecerse allí sin un permiso especial.

De todos los pueblos cafres sud-africanos, los hereros son el único que antiguamente careció en absoluto de agricultura. ¿Fue esto debido á una pérdida de la civilización, ó es que desde su origen se nos presentan como un pueblo nómada pastor, no llegado todavía al estado progresivo de la agricultura? Ninguna de estas dos opiniones está plenamente confirmada por los hechos de su historia ni de sus relaciones actuales; pero la más probable es la primera. Después de lo que sabemos por las tradiciones históricas de este pueblo, apenas es permitido dudar de que antes de establecerse en sus actuales residencias habitaba un territorio situado al Norte ó al Nordeste de las mismas. Allí viven, sin embargo, pueblos que son tenidos por los mejores agricultores de toda el África y si los hereros de allí procedentes se fijaron en sus actuales residencias hace poco tiempo, como es de suponer, parece indudable que hubieron de conocer la grande y trascendental conquista de la agricultura para perderla luego, sea durante la emigración, sea en sus nuevos territorios, pues está fuera de toda duda que aquella conquista es muy anterior á la emigración del pueblo damara. Varias razones explican este hecho. Chapman opina que pudieron haber huído tan precipitadamente que no les quedara tiempo para llevarse consigo semillas de los frutos del campo, ó que durante el viaje hubieron de sentir tales necesidades que consumieran las provisiones que como sembradura llevaban, para aplacar su hambre, ó finalmente que en el sitio en que se establecieron hubieron de verse tan acosados por los habitantes de éste, que renunciaran á exponer los productos de su trabajo á merced de las incursiones, dedicándose en su consecuencia á la caza y á la ganadería. Para apreciar debidamente todas estas posibilidades, hay que tener en cuenta la situación geográfica de los hereros: el mar limita el país de éstos por el Oeste, el desierto por el Norte y el Este y aun cuando en otro tiempo se extendieran por el Sud más de lo que hoy en día lo están, siempre hubieron de verse rodeados de estepas. Si pasamos revista de sus vecinos, veremos que habitan al Norte, separados por un gran desierto, en el cual sólo